Estando una vez en recreacion con la comunidad, la prelada que conocia muy bien cuanta era su modestia y la vergüenza de su génio, la mandó que bailase allí delante de todas. Apenas oido el precepto, lo puso en ejecucion la obediente súbdita; dejando á todas edificadas con su rendimiento y sumision. En suma, jamás se vió que repugnase mandato alguno de sus superiores, aun las mas ligeras insinuaciones. Estaban profundamente grabadas en su corazon aquellas palabras del escelente libro de la imitacion de Cristo: *Quien procura substraerse de la obediencia, él mismo se quita la gracia.* Pero, ¡qué mucho obedeciese á sus superiores con tanta prontitud y gusto, quien con el mismo obedeció siempre á cualquiera religiosa ó donada que le decia: *Le mando esto!*

CAPITULO XVII.

De su virginal pureza.

NADA hay en este mundo, segun el testimonio del Espíritu Santo, que iguale al precio de la bella virtud de la virginidad. Entre los elogios que la han dado los Santos Padres, dice San Juan Climaco, algunos la han llamado, una participacion de la naturaleza angélica, una habitacion digna de Jesucristo, el escudo del corazon, un cielo terrestre, y la calma de todas las pasiones. ¿Qué cosa mas bella que la castidad, esclama San Bernardo, la que hace puro á quien fué concebido en la impureza; de un enemigo hace un doméstico; y de un hombre hace un ángel.

San Cipriano llama á las vírgenes „la mas „bella flor del jardin de la Iglesia, la honra de „la religion cristiana, el ornamento de la gra„cia, el escuadrón mas generoso entre los sol„dados del Salvador, una fiel imitacion de la „pureza de los ángeles, la mas viva imágen de „la santidad del mismo Dios, la mas ilustre „porcion de la grey de Jesucristo, y la ale„gria, gloria y honor de la Iglesia. Esta santa „madre se regocija en dar á su Esposo tan „bellas y tan nobles hijas. En ellas y por ellas, „comparece su fecundidad en todo su brillo y „con todo su mérito: ó, por mejor decir, ella „admira perpetuamente la gracia que hace su „Esposo, formándo en su seno aquel gran nú„mero de vírgenes que la hacen tan hermosa „y tan pura á sus ojos; puesto que, añade San „Fulgencio, un don tan raro y tan precioso, no „puede venir sino de aquel divino Salvador, „que al mismo tiempo es Hijo único de una „Vírgen, único Esposo de todas las vírgenes „cristianas, único fruto de la santa virginidad, „el don del cielo, y la gloria de la tierra, que „una Santa Vírgen ha parido segun la carne, „con quien se desposan las santas vírgenes se„gun el espíritu, y por quien la santa virgini„dad recibe la gracia que la hace inviolable,

„los ornamentos que la conservan su belleza,
„y la recompensa que la corona en el cielo.»

San Agustin hace el mas bello elogio de la virginidad y de las vírgenes, diciendo: „La „pureza de las vírgenes tiene un puesto muy „distinguido en el cielo; segun aquel dicho de „la Escritura, donde Dios promete á las vírge„nes darlas en su casa y en el recinto de sus „murallas, un puesto particular y mas honroso „que el de sus otros hijos, y un nombre eter„no que jamás se olvidará; porque han abra„zado voluntariamente la continencia. El reino „de los cielos, prosigue el Santo, será la po„sesion de todos los justos que habrán perse„verado hasta la muerte; porque conviene que „este cuerpo corruptible sea vestido de la incor„rupcion, y que este cuerpo mortal sea vesti„do de la inmortalidad; y esta será la recom„pensa comun á todos los bienaventurados. Pe„ro así como entre las estrellas hay unas mas „brillantes que otras, así en la universal resu„reccion de los muertos tendrán las vírgenes „un lugar mas distinguido, y una silla mas hon„rosa que los demás Santos.»

Dirigiendo despues su voz á las vírgenes, las habla de esta suerte: „Enamoráos mas ca„da dia de vuestra profesion, ó castas esposas „de Jesucristo, alabad siempre al Señor con „mayor dulzura y contento; porque vuestra úni„ca ocupacion sobre la tierra es, pensar en él „solamente. Esperad que poseyéndolo, gozareis „una felicidad mayor que la de los otros; por-

„que servisteis con mas fidelidad y fervor. Es„peradlo, que vendrá bien presto, para intro„duciros en la sala del festin; y entre tanto te„ned encendidas las lámparas. Cantareis en las „bodas del Cordero un cántico nuevo, y no se„rá este como el que canta toda la tierra; si„no será tal, que ninguno otro fuera de voso„tras podrá cantarlo.» Esta es la bella idea que de la bienaventuranza de las vírgenes nos dá el discípulo Vírgen en su divino Apocalipsis. „Yo ví, dice, sobre el monte Sion al Cor„dero, y con él ciento cuarenta y cuatro mil „personas, que tenian escrito sobre sus frentes „el nombre de su padre. Entónces oí una voz „del cielo, como el ruido que forman muchas „aguas, y como la voz de un grande trueno; y „esta voz era como el rumor que hacen mu„chos músicos que suenan á un mismo tiempo „sus instrumentos. Y cantaban como un cánti„co nuevo delante del trono, y delante de los „cuatro animales y de los ansianos; y ninguno „podia cantár este cántico, si no eran aquellos „ciento cuarenta y cuatro mil redimidos de la „tierra. Estos son los que no se han mancha„do con las mugeres porque son vírgenes; es„tos siguen al Cordero donde quiera que va.» ¿Donde vá, pues, (prosigue San Agustin, hablando de las vírgenes): „¿donde vá este Corde„ro, puesto que solas vosotras podeis ir con él? „¿A qué bosques, á qué prados se encamina „este Cordero celestial? Yo tengo para mí, que „vá á un lugar donde se gusten delicias inefa-

„bles. Estas no son las vanas alegrias, ni los „placeres insípidos y falaces de este siglo; y „ni aun aquellas mismas delicias que gustarán „en el cielo los que no son vírgenes. Las de„licias y las alegrias de las vírgenes, serán el „gozar de Jesucristo en Jesucristo, y esto de un „modo diverso que los demás Santos. Tendrán „tambien estos sus alegrias; pero no como las „vuestras. Vosotras seguís al Cordero; porque „la carne del Cordero es vírgen: los otros „fieles que no tienen esta virtud, siguen al „Cordero, no por todas partes por donde vá, „sino hasta donde pueden; quiero decir, por „todas partes, ménos cuando él camina en la „belleza y en la magnificencia de la virginidad.» Hasta aquí San Agustin.

De estos y otros magníficos elogios que dán los Santos Padres á la virginidad, bien se conoce claramente, que así como este estado es el mas santo y el mas bello de la religion de Jesucristo, así tambien deben las vírgenes tener un gran cuidado de conservar esta hermosísima virtud. Nada hay en el mundo mas precioso que ella; pero tampoco nada mas fácil de perderse.

Bien lo conoció así *Sor María Josefa*, y aunque sentia aquella guerra intestina que San Pablo llama, la ley de los miembros; porque la carne tiene deseos contrarios á los del espíritu, y el espíritu los tiene tambien contrarios á los de la carne; sin embargo, con la gracia de Dios, por los méritos de nuestro Se-

ñor Jesucristo, consiguió una completa victoria en esta cruda guerra, poniendo por obra todos los medios necesarios; esto es, la humildad, la oracion y la penitencia, como ya hemos visto.

La humildad producia en ella el temor y la desconfianza, y esta la hacia amar el retiro, bajo cuya sombra está segura la pureza. Huía de las comunicaciones y visitas, aun de sus propios hermanos y hermanas que vivian en el siglo. Detestaba todo afecto tierno hácia cualquiera persona, y toda amistad particular. Su oracion contínua la ocupaba de modo, que no hallaba otro consuelo sino en pensar en su Esposo, en hablar de sus perfecciones, y en amarlo con todas sus fuerzas, con todo su corazon y con toda su alma. Este amor la hacia evitar el ocio, enemigo tan formidable de la pureza; estando ella siempre santamente ocupada en cuanto puede permitirlo el peso del cuerpo mortal, y las necesidades de la vida. Este mismo amor la inspiraba aquella rigorosa penitencia; la habia reducido á no tener ya sino la piel y los huesos; mudándo toda la hermosura con que liberal la habia dotado el cielo, en la semejanza de un esqueleto. Este, finalmente, la hacia velar continuamente sobre sus sentidos, obligándose, como ya vímos, con el estrecho vínculo de un voto, á no mirar jamás el rostro de ningun hombre; á reducirse á un alimento tan escaso que apenas podia sustentarse; y, en una palabra, á imitar á San Pa-

blo, pudiendo decir con él: *Yo no corro en vano, ni doy golpes en el aire; sino que trato ásperamente mi cuerpo, y lo reduzco á servidumbre.* Con estas sábias precauciones consiguió *Sor María Josefa*, conservar siempre fresca y fragante la azucena hermosa de la virginidad.

CAPITULO XVIII.

De la ecsacta observancia de sus reglas.

Una de las señales de la verdadera Iglesia, es el tener retiros de vírgenes sábias, en cuyas manos se vean las lámparas llenas de aceite, siempre ardiendo, siempre brillantes y luminosas. En estos sagrados retiros, mejor que en el bullicio del mundo, es donde se adora á Dios en espíritu y verdad; se conocen y se cumplen las propias obligaciones; y el espíritu se sujeta mejor á Dios.

Aquí es donde se respira un aire mas puro, y se aflige la carne para sujetarla al espíritu. Aquí es donde se procura copiar en la propia conducta la santidad de los fundadores y la del mismo Jesucristo; y se coloca toda la devocion en observar las mácsimas del evangelio, y las reglas del instituto. Aquí es, por último, donde se está al abrigo de las tempestades que se encuentran en el mar borrascoso del siglo. Felíz aquella alma que por la mano de Dios es conducida á estos sagrados asi-

los, que él ha conservado en medio de la corrupcion de este mundo. Bien puede mirar este beneficio como una señal de ser del número de las ovejas de Jesucristo, las cuales no perecerán, sino que vivirán eternamente felices.

Pero no basta entrár solamente á los sagrados monasterios, si en ellos se vive una vida disipada y poco conforme á las reglas del instituto. La obediencia á estas reglas, es el medio seguro para llegar á la perfeccion mas sublime: medio seguro, porque no hay otro; pues cuando un ángel del cielo enseñára á una religiosa otro camino distinto de la observancia de los preceptos de nuestra santa religion y de su propia regla, deberia maldecirlo con el Apóstol de las gentes. Aquel gran Maestro de espíritu San Francisco de Sales, decia muchas veces, que si la providencia lo hubiese colocado en el claustro, habria hecho consistir toda su virtud en el cumplimiento literal de sus constituciones ó reglas; y que si en un monasterio se encontrásen algunas de aquellas personas de capricho, que no observan las reglas de su comunidad, sino solamente las que se conforman con sus ideas, y que pasan una vida separada en aquellos lugares donde todos no deben formar sino un solo cuerpo, afirmaria sin titubear, que semejantes personas eran ángeles de tinieblas, trasformados en ángeles de luz, y que aunque las viese hacer milagros, dudaria siempre de su santidad.

Toda la perfeccion, pues, de una religio-